



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Cartas a Mis Pacientes

M. Gloria Alcover Lillo*

Homeopatía, catastrofes naturales y desolación humana

Queridos pacientes:

Considerando el mundo terrible en el que vivimos, me han pedido que escriba algo que pueda dar luz y consuelo a tantas personas que experimentan las consecuencias de la realidad violenta en la que, parece, estamos condenados a vivir.

La enorme violencia actual, humana y telúrica, deja casi sin palabras sinceras a cualquiera, sea o no médico, para poder encontrar una justificación. Y quien es víctima directa no encuentra ningún punto de apoyo por muchísimos motivos, independientemente del dolor mismo, que ya es tantas veces insopor- table y suficiente para no poder justificar nada.

Se añade a la realidad del dolor la dificultad de fondo que ha creado un mundo sin raíces, ni en la tierra ni en el cielo, donde el hombre es fundamentalmente un huérfano del alma. Un errante. Un autentico “hijo de Caín”.

Nuestra sociedad actual conoce formas de censura y remoción, queriendo reducir la muerte o el sufrimiento a un momento puntual, puramente biológico, privándola de toda dimensión comunitaria —o al menos comunicativa—, quitándole toda dimensión espiritual.

Hago la precisión acerca de la **espiritualidad**, que no es una elección de política administrativa de la vida interior sino la respuesta natural de la estructura fundamental antropológica del ser humano: el **Homo Adorans**, el cual se reconoce en el **culto** y a través del culto; se trata, entonces, del reconocimiento genuino y original, específico y propio de su condición humana y de su realización. Perdiendo esta dimensión, el hombre queda sin instrumentos eficaces de frente al sufrimiento inevitable y a “la pena” de la pérdida y de lo incomprensible.

Sin embargo, la sabiduría milenaria que todo hombre lleva dentro como un bagaje y como un tesoro del cual, en el momento necesario, podrá echar mano para atravesar el viaje de su realidad, sea cual sea, enseña que este mundo en el cual vivimos es, para cada cual, un viaje heroico que le mantiene en la tensión de cumplimiento: de conservación y de realización... si “sabe” lo que tiene que saber. La importancia de la vida como don inviolable y la importancia de

la muerte come *dies natalis*... por cuanto dramática sea la pérdida y la separación (que yo creo que a veces es tan irresistible que uno mismo prefiere morir).

El problema de la muerte conlleva implícitamente el problema del sentido de la vida. Como dirán todos los filósofos modernos y antiguos: la muerte es la extraña por excelencia... y al mismo tiempo es nuestra propiedad más íntima. Sólo la muerte es cierta, nuestra propiedad más original. La muerte es el problema por excelencia; es más, en cierto sentido, el único. Es la realidad que descubre al hombre en su desnudez y en su realidad radical. Es el acontecimiento que hace consciente a cada hombre de ser “él mismo”, el verdadero problema. Y la muerte se conoce fundamentalmente a través de la pérdida de quien se ama.

El problema verdadero se abre en el conflicto de amor y muerte, porque el amor es lo que ilumina y da sentido a la vida; y es el amor lo que hace considerar la vida del otro más importante que la propia vida hasta parecer no sólo posible sino **lógico** el morir por el otro, el dar la vida por el otro. Y por tanto es el amor, y sólo el amor, el que es capaz de integrar dentro de sí mismo vida y muerte, muerte y vida. De esta paradoja se nutre y de este conflicto se pone en evidencia; es el amor que nos hace sentir a la muerte como enemiga, y sólo el amor que puede hacerla amiga y hermana.

Uno de los aspectos de la realidad que el racionalismo irracional ha descartado, anulando el saber milenario de la constatación de lenguajes cósmicos, que todo hombre de toda cultura y origen ha conocido, llamándolo “superstición”, es la realidad del mal como parte integrante del “viaje del héroe” del hombre de toda época. Sin embargo, en este período histórico el mal ha adquirido una extensión tal que se ha convertido en lo habitual y, por tanto, el hombre no puede concebir ni luz nueva ni esperanza de frente a la devastación que nosotros mismos hemos abrazado y contribuido a expandir. Y junto al mal, la idea de ser poseídos.

En realidad, es fácil ver que ser poseído lo siente cualquiera cuando se siente absorbido y dominado por algo, bueno o malo, de lo cual no se puede liberar. Es decir “posesión y libertad” son estados de existencia que se corresponden en su extrema oposición. La posesión es una esclavitud no elegida. Tal vez, en un momento la esclavitud pudo elegirse por ignorancia del bien para luego convertirse en un imperativo que domina la vida.

Como síntesis de estas reflexiones tan profundas, quiero señalar que todo dolor lleva implícito la apertura obligada de todos los lenguajes ontológicos; es decir, todas las preguntas tremendas y trascendentes sobre el ser y el sentido del ser: **¿quién soy, qué sentido tiene mi vida, qué hago aquí, por qué todo esto... por qué, por qué, por qué.** Es inevitable, entonces, que se abra dentro del ser que sufre el hambre del lenguaje de nueva vida y el deseo de encontrar otras razones “más allá” para poder vivir del dolor que se vive.

Mientras se camina se encuentran a otros viajeros. Sin considerar la edad registrada, jóvenes, jóvenes ciegos que hacen antropología submarina; jóvenes sin piernas que hacen esquí de fondo; jóvenes amputados que son extraordinarios bailarines; jóvenes ciegos que hacen alpinismo; jóvenes sordomudos que hacen teatro... jóvenes y viejos. Hombres que han comprendido que la vida es un don inviolable y que han venido aquí a vivir. Los que han partido, no son muertos sino “combatientes” que es lo que significa la palabra **difunto**= el que ya ha hecho el combate. Y este saber, inevitablemente, **hace saber** que en este mundo cada uno está justo en donde tiene que estar... porque una vida siempre eterna y un camino misterioso interminable nos espera.

¿Qué cuenta entonces la Homeopatía? La Homeopatía es el reconocimiento del estímulo/remedio capaz, como la carambola de un billar, de hacer desencadenar la reacción curativa de la totalidad en el paciente sin importar lo traumatizado y dolorido que se encuentre. La Homeopatía no es la vida, es el mejor medio para alcanzar cada uno la salud que le pertenece, de modo que pueda dar plenitud, esplendor y sacralidad a la vida de su propiedad; y alcanzar la posibilidad extraordinaria, no obstante el sufrimiento, de ver lo que quiere y puede hacer para superar y transformar el mal, de manera que recupere el amor necesario que le permita luchar por la libertad, la paz y el consuelo de los otros y de sí mismo.

La Homeopatía es realmente la medicina de la persona, la cual es capaz de restituir y reorganizar las energías de la vida para aquel que debe vivir, o bien, reorganizar las energías de la muerte para quien debe partir.